

In memoriam

MONS. VICENTE RAMÓN HERNÁNDEZ PEÑA

Cardenal Baltazar Porras Cardozo

Poco antes de iniciar la celebración del Domingo de Ramos, a las puertas de la catedral de Mérida recibí la noticia de la muerte del Obispo emérito de Trujillo. Hermosa fecha unida a la memoria del inicio del misterio de la encarnación en la fiesta de la Anunciación, para entrar en la gloria. Inmediatamente compartimos con los fieles que llenaban el templo catedralicio el hacer memoria oracional por su eterno descanso.

Conservo muy gratos recuerdos de Mons. Vicente, pues apenas ingresé en el Seminario Menor de Caracas, observábamos los partidos de fútbol de los del Mayor entre los que sobresalía uno de sus laterales, el espigado Vicente Hernández. De entonces a esta hora han sido muchas las ocasiones de compartir fraternalmente con un hombre sencillo y humilde, dotado de grandes virtudes humanas y sacerdotales. Muchas veces me invitó a diversas celebraciones en la diócesis de Trujillo y no tenía empacho en hacer que quien escribe estas líneas presidiera en mi carácter de metropolitano. Admiré esta actitud pues siempre lo consideré un maestro para mí, superior en edad, saber y gobierno. Su sencillez era proverbial cuando viajaba, pues llevaba una maletica muy pequeña con lo estrictamente necesario, esquivando facturar equipaje.

Había nacido Vicente Hernández en el jardín andino, Boconó, el 19 de julio de 1935. Siendo niño, ingresó en el Seminario Kermaria de los Padres Eudistas en la ciudad de La Grita donde cursó cuarto, quinto y sexto grado de educación primaria con aquellos adustos formadores. Varios de sus compañeros lo recuerdan con cariño y admiración. Pasó luego al Seminario Interdiocesano de Caracas donde concluyó sus estudios secundarios, el trienio filosófico y el cuatrienio teológico bajo la dirección de los Padres Jesuitas y al final, de nuevo con los Eudistas, siendo Rector el Siervo de Dios Miguel Antonio Salas.

Enviado por Mons. Rafael Arias Blanco a completar estudios teológicos en Europa, se especializó en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica y en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Regresó a Caracas en 1962 donde ejerció como Vicario Cooperador de San Francisco Javier de Lídice, asistente eclesialístico de la Ciudad de los Muchachos, párroco del Dulce Nombre de Jesús de Petare y capellán, asesor espiritual de varias asociaciones y profesor de liturgia del Seminario Interdiocesano. Desde octubre de 1963 formó parte del equipo formador del Seminario San José de El Hatillo, en compañía de Mons. Jacinto Soto y el Padre Ramón Ovidio Pérez Morales. A partir de 1971 sucedió a este último en el rectorado del mismo hasta julio de 1974, cuando fue nombrado Obispo Titular de Sulleto y Auxiliar de Caracas, recibiendo la ordenación episcopal de manos del Cardenal José Humberto Quintero en la Catedral Metropolitana el 25 de julio. Durante algo más de año y medio ejerció este ministerio hasta su traslado en febrero de 1976 como Coadjutor con derecho a sucesión de la sede episcopal de Trujillo.

Volvió a su querencia natal de la que nunca se había separado espiritualmente. Prueba de ello su escudo episcopal en el que quedó plasmado en uno de sus cuarteles la alusión a Boconó. Acompañó a Mons. José León Rojas Chaparro hasta su muerte en 1982 sucediéndole automáticamente en el cargo que ocupó hasta el 2012 cuando entregó la diócesis a su actual titular Mons. Oswaldo Azuaje Pérez.

Son muchas las virtudes que brillaron en Mons. Vicente. Su porte sencillo ocultaba una personalidad rica por su bonhomía, vasta cultura y dominio de lenguas y artes, excelente preparación eclesial y don de gentes. Durante su largo episcopado trujillano se preocupó por el cultivo de las vocaciones sacerdotales y envió a muchos de sus jóvenes sacerdotes a especializarse en universidades pontificias de América y Europa. Deja varios libros y folletos que recogen parte de su amplia producción homilética, discursos y disertaciones.

Querido por sus coterráneos, cultivó la amistad y cercanía con gentes sin distinción alguna. En la Conferencia Episcopal, asiduo en las reuniones, presidió varias comisiones y tuvo destacada actuación. En sus últimos años mermaron sus fuerzas físicas pero fue ejemplo de entrega generosa a la Iglesia que amó profundamente. El buen Dios lo recibe en su seno y su estela de bien llenará por mucho tiempo a la tierra que amó y entregó lo mejor de sí: su vocación de servicio. Descanse en paz.

15.- 26-3-18 (4451)